



Revista de Estudios Sociales

1 | 1998

Ciencias Sociales - Primera Edición

La Sociología en Colombia: Demandas y tribulaciones.

Fernando Cubides Cipagauta



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/31269>

ISSN: 1900-5180

Editor

Universidad de los Andes

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 1998

Paginación: 9-15

ISSN: 0123-885X

Referencia electrónica

Fernando Cubides Cipagauta, « La Sociología en Colombia: Demandas y tribulaciones. », *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 1 | 1998, Publicado el 12 marzo 2019, consultado el 20 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/revestudsoc/31269>



Los contenidos de la *Revista de Estudios Sociales* están editados bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International.

La Sociología en Colombia: Demandas y tribulaciones.

Fernando Cubides Cipagauta*

Partiendo de los balances institucionales que ofrece la entidad pública que financia investigación en el campo de la sociología, y aprovechando su experiencia como docente en la más antigua carrera de ésta disciplina existente en el país, el autor evalúa las tendencias más importantes en la última etapa, los problemas de investigación predominantes, los enfoques metodológicos que han prevalecido, y la manera, muy relativa, en que corresponden a los problemas sociales del país o en que se adecuan a las demandas sociales de conocimiento. Por último, se procura relacionar ese estado del arte, con las tendencias a nivel internacional.

"Y aquí donde durante siglos no hubo reflexión crítica digna de ese nombre, florecen ahora los llamados "violentólogos". La única rama de la sociología específicamente colombiana"

Antonio Caballero. II, 98

1. Naturalmente, la violencia

En el momento actual, es prácticamente un consenso admitir que el problema social más importante de Colombia es el de los recurrentes niveles de violencia que imperan en la vida social. Cuando en 1998 se afirma que la violencia es un problema social, no por ello se pretende eximir a los individuos o a los grupos y organizaciones que recurren a la violencia, a diferencia de lo que postulaba toda una corriente de criminología en los inicios del presente siglo. En efecto lo que para entonces era una corriente innovadora en el campo del derecho penal al aseverar que la sociedad era responsable, tendía a exonerar, o a diluir, las demás responsabilidades. (Recordemos a ese propósito los alegatos forenses de Jorge Eliécer Gaitán, el principal exponente del positivismo jurídico en Colombia). Y tal vez, dado el carácter impersonal, abstracto, de la noción de sociedad de la que se estaba partiendo, y a fuerza de reiterarlo como principio explicativo se produjo una reacción adversa al punto que llegó a considerarse una cuestión del pasado la pregunta por la sociedad, o el intento de establecer relaciones causales entre la estructura y el funcionamiento de una sociedad dada y los niveles de violencia que en ella se produjesen.

He ahí porqué, cuando se publica la primera investigación seria y rigurosa, aplicando cánones metodológicos y de objetividad, sobre la violencia como problema, *La violencia en Colombia* de junio de 1962¹, con la que por cierto la sociología adquiere su primer reconocimiento como disciplina académica, los autores creen necesario introducirla con un enunciado ético, que además reafirman en la conclusión:

(-Respecto de la violencia...-"Todos nos equivocamos, todos somos responsables") Una apelación a la sociedad en su conjunto, en procura de la aceptación del canon de objetividad, de la validez explicativa que se habían propuesto; querían significar además que el propósito del estudio no era reeditar las recriminaciones entre los partidos acerca de su recíproca responsabilidad, y menos aún los juicios sobre responsabilidades individuales, que dejaban a la esfera del derecho penal.

En todo caso, en ese texto, ya un clásico, se procura una identificación de los grupos en conflicto, se esboza un análisis de la estructura social colombiana, con especial detenimiento en la situación de los propietarios agrarios y de los aparceros, los principales protagonistas de lo que de manera sumaria se denominaba el problema agrario en el período. Hay con todo una ambivalencia: el conflicto y la violencia se consideran intercambiables; se arriba en fin a una diferenciación entre uno y otro proceso; diferenciación analítica correspondiente a la que se da en la realidad, pero como no se ha partido de esa distinción el análisis por momentos se confunde el lector puede concluir que la violencia se explica por el conflicto, y las apelaciones genéricas a la sociedad, la reafirmación ética de la responsabilidad colectiva así parecen corroborarlo.

Con la polémica suscitada y la gran difusión del texto que recoge las conclusiones de ese trabajo investigativo, todo un éxito de librería, se abre un largo intervalo, en el que se aclimata la disciplina al tiempo que se diversifican los temas de investigación, todo ello a la vez que se va produciendo un gran aislamiento, una pérdida de nexos con lo que se hace en otras latitudes, un parroquialismo creciente.

Ahora en cambio el consenso que paulatinamente se produce, procura la identificación de los protagonistas, directos e indirectos; de las víctimas y de sus dolientes. No se considera que una apelación genérica a la sociedad resuelva la cuestión de las demás responsabilidades, o convierta al ejecutor en un instrumento ciego o inconsciente.

* Sociólogo, profesor del Departamento de Sociología, e investigador del Centro de Estudios Sociales (-CES-) de la Universidad Nacional de Colombia

¹ Germán Guzmán Campos y otros, *La violencia en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1962

Ese es el significado que encontramos en el empleo generalizado del concepto, tan en boga hoy, de 'actores sociales', y en la consiguiente connotación de que el uso de la violencia responde a ciertos cálculos racionales, a una determinada relación entre los medios y el fin, por reprobable o execrable que sea en el plano ético/Mores del conflicto armado" o 'actores organizados de violencia' son apenas variantes, algo más sofisticadas, del enunciado anterior. Y a la vez la profusión y diversidad que ha adquirido la violencia, la pluralidad de actores y de móviles identificados, hacen ineludible el cotejo a escala transnacional, la comparación con variantes nacionales distintas, la puesta en un contexto global de lo que aquí viene ocurriendo con los índices de hechos violentos de sociedades distintas a la nuestra.

El hito inicial de ese enfoque lo podemos hallar en el trabajo aparecido hace algo más de una década *Colombia: violencia y democracia* en 1987² producto de una Comisión que era a la vez un equipo de diez investigadores, cinco de cuyos miembros tenían a la sociología como su formación básica. Lo que sobresale de ese trabajo para el lector común es el esfuerzo de clasificación, de diferenciación de las modalidades de violencia, la diversidad de sus protagonistas y la pluralidad de sus víctimas. Diferenciación analítica que les lleva a establecer diez categorías, que en su momento pretendieron ser exhaustivas a la vez que excluyentes entre sí, en otras palabras distinguir entre distintos tipos de manifestaciones del fenómeno, y a la vez comprenderlas a todas en el análisis. Para entonces ya era claramente perceptible el incremento sostenido en las tasas de homicidio y de secuestro, y responder a esa dimensión empírica del problema, era la principal motivación de los investigadores a la vez que la razón principal por la que el estudio se encargó.

Con posterioridad a ese trabajo el intento de discernir la lógica de los distintos y muy variados actores que recurren a la violencia en la sociedad colombiana fue cobrando autonomía. Se convirtió en una tendencia predominante en varias de las ciencias sociales, pero en particular en la ciencia política. Hasta el punto que el examen de la estrategia de dichos actores, su organigrama, el grado de autonomía que se le atribuye a sus acciones ha conducido a soslayar o incluso a desvirtuar, la pregunta por la sociedad. La tendencia es, pues, a considerar a los actores en sí, como si ellos se dictasen su propio libreto. Y por cierto que aquí cabe la metáfora de las artes escénicas, pues el lenguaje de los 'actores sociales' se presta a ser entendido de manera equívoca por el lector común: a ser entendido como si se tratase de representaciones, de acciones con visos teatrales a escala de toda una sociedad, de hecho ese estilo de análisis fija su atención en los protagonistas de primera fila, y el "coro" con cuyas acciones está interactuando (esto es, en el lenguaje no teatral el grupo o sector de la sociedad que representa, quienes no tengan un rol protagónico) tiende a quedar en el anonimato.

Ante la fragmentación que se ha estado produciendo, la acentuada dinámica del conflicto intenso asociado a la violencia en la periferia, una corriente demográfica en la misma dirección que ha ocupado amplios espacios en la Amazonia y en la Orinoquía y la consolidación de baluartes territoriales por parte de la guerrilla y de los paramilitares, se ha impuesto la innovación metodológica. Hacer de la necesidad virtud en este caso significó adoptar técnicas de investigación y de exposición que se adecuaron a esa dispersión del poblamiento y a la virulencia del conflicto armado. A lo anterior se añade el carácter ilegal de la actividad económica que moviliza los frentes más activos de la colonización en la última etapa. Todo ello ha conducido, como lo explica Alfredo Molano el maestro del género, a que se explore a fondo el destino de individuos, su propia versión de los avatares de su existencia, en busca de los hilos y redes a los que está vinculado. La historia de vida obtenida mediante entrevistas con

personajes escogidos por su tipicidad, por su antigüedad o por su representatividad (y comenzó por ser "el único recurso posible" para el abordaje de las dimensiones más conflictivas de la realidad en las 'sociedades de frontera', es decir en las áreas de un poblamiento periférico y reciente) es recreada luego mediante la confrontación con otros destinos individuales y con la información documental que es accesible al investigador; y ya reconstruida vertida en un relato de tono coloquial, en el más popular de los lenguajes, con todos los tics y muletillas del habla corriente, en una narrativa muy próxima a la de la novela. Es un trabajo que ha sabido llegar al lector corriente de modo masivo y desde el primero de la serie sobre el tema, el libro *Selva adentro* sobre la colonización en el Guaviare, cada una de sus títulos es a la vez un suceso de librería. El método y el estilo han tenido continuadores e imitadores menos afortunados, pero sus mejores productos admiten ser parangonados con *La Vorágine*, en cuanto le presentan al ciudadano de a pie, al lector urbano toda una dimensión de la realidad social del presente, que le sería imposible de conocer por cualquier otra vía. La labor del investigador, además de la selección de los entrevistados y de la realización de las entrevistas, consiste en tomar un relato cuya coherencia, por lo general es precaria, y convertirlo para el lector en una secuencia significativa y orientada de acontecimientos. Ofrecer un -contexto, que contiene además las claves del desciframiento de los que hay de social y de interacción, en las acciones que ha llevado a cabo el individuo en cuestión. En la etapa más reciente, Molano y su obra han contribuido como ningún otro a la difusión del conocimiento sobre los aspectos más problemáticos de la realidad social colombiana y, por esa vía, a la visibilidad social del sociólogo.

Pero las ventajas de ese método y de esa capacidad expositiva no pueden ser replicadas en todas las escalas, y para todos los actores. Cuestión de magnitud y de complejidad, si la historia oral "es apta para la historia olvidada o prohibida y además para registrar la

² Comisión de Estudios sobre la violencia, *Colombia: violencia y democracia*. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. 1987

vida que se agita inédita ante nuestros ojos" como afirma uno de sus defensores, no resulta del todo adecuada para examinar a las organizaciones más complejas, a los actores colectivos de la violencia, a quienes son poco inclinados a revelar sus fines, o la relación que exista entre ellos y los medios a los que acuden. Para suplir esa falta es para lo que ha recibido un creciente desarrollo la ciencia política y su enfoque centrado en instituciones y aparatos. Sacando el máximo provecho a la información documental, sometiéndola a una criba para separar lo que es propaganda y guerra psicológica de lo que son motivos reales y cifras comprobables, para este enfoque la palabra y el concepto de estrategia vienen siendo la clave de la comprensión. Sin embargo el sesgo posible entonces es el de considerar el aparato u organización en sí mismos, el de concebirlas como un sistema cerrado, como un ente autónomo. Esa autonomización creciente es lo que ocurre por ejemplo con la así denominada 'sociología de la guerrilla'; si comenzó con un examen de los problemas agrarios de ciertas regiones que pudieran estar en el origen de una de las organizaciones guerrilleras existentes en Colombia, el análisis de su evolución, de su expansión territorial, va convirtiendo ese juicio de realidad en una premisa, tras lo cual se aplica un esquema a los distintos organigramas o pautas organizativas y se clasifican las distintas organizaciones guerrilleras surgidas con posterioridad ("guerrilla militar", "guerrilla de partido" "guerrilla social"³). La premisa sin embargo no vuelve a ser retomada para entender el origen social que predomina en su contingente, en sus cuadros y en sus dirigentes; tampoco para estudiar su procedencia regional, el peso específico del sector urbano en la composición de sus cuadros y en su dispositivo. Y los antedichos son interrogantes claves de responder para entender la génesis y evolución de la guerrilla, demandas específicas de conocimiento a la sociología, que hasta ahora no ha satisfecho.

³ Eduardo Pizarro, "Elementos para una sociología de la guerrilla" en *Análisis Político*, N°12, Bogotá, enero abril de 1991.

Las limitaciones de ese enfoque quedan aún más patentes cuando se aplica a comprender fenómeno del para militarismo. Los datos acerca de su surgimiento son concluyentes respecto de su carácter meramente instrumental: peones del narcotráfico, arietes del proceso de expansión de un nuevo tipo de gran propiedad agraria producto a su vez de la inversión del capital de los narcos. Reiterado ese principio explicativo para cada uno de los casos, ciñéndose a partir de allí en su estructura interna, en su modus operandi, no es posible entender su expansión territorial, el grado de arraigo que han adquirido en ciertas regiones, el apoyo que han conseguido en ciertos grupos sociales distintos a los que les dieron origen (por segmentarios que sean), lo metódico de su imitación de orientaciones y pautas organizativas de la guerrilla.

Pero al margen de sus alcances y limitaciones, un cotejo elemental de las principales medidas gubernamentales en los dos últimos periodos lo que revela es la gradual aproximación entre la investigación académica y el proceso de toma de decisiones, así sea con efecto retardado. Si se toma el grueso del análisis y las recomendaciones del libro que ya mencionábamos,

Colombia: Violencia y Democracia (1987) y se las coteja con las metas de la *Estrategia Nacional contra la Violencia* (1991) se podrá comprobar que la segunda es la puesta en lenguaje institucional de todas y cada una de aquellas recomendaciones. Es posible que el diagnóstico sea imperfecto, o que las medidas adoptadas sean incongruentes, o desvirtúen lo recomendado, pero en todo caso no es dable hablar hoy de una divergencia fundamental entre quienes producen el conocimiento sobre la sociedad, y quienes toman las decisiones y formulan las políticas que pretenden incidir en los problemas sociales más graves, en este caso la violencia. Ese tópico del divorcio tajante entre el saber y el poder, era propio de décadas anteriores, pero hace rato no es vigente.

Completar el diagnóstico, o rectificarlo, conlleva examinar la gran diversidad de efectos que la violencia preexistente ha tenido, y como sostiene un colombiano francés, Daniel Pécaut, explorar la variedad de estrategias de adaptación a un contexto generalizado de violencia por las distintas capas y grupos sociales. Entender aquel las actitudes que logran coexistir con altos niveles de violencia, los mecanismos que entran en juego en la rutinización o canalización del hecho violento, se convierte en un programa de investigación para tiempos difíciles. Conlleva así mismo retinar el análisis de la distribución espacial de las adscripciones territoriales de los actores violentos, poner al día, con todas las salvedades acerca de lo difícil de encuadrar en el tiempo y en el espacio tanto dinamismo y trashumanda, aquel capítulo del primer trabajo que mencionábamos acerca de la "geografía de la violencia" que ha tenido continuidad en varios autores y trabajos, pero que sigue estando por debajo de las demandas de conocimiento que las propias regiones expresan. En efecto, ante un creciente escepticismo acerca de soluciones que provengan del epicentro, se abre paso una actitud negociadora, y unas específicas demandas de conocimiento acerca de las dimensiones regionales del problema.

2. Diversificación y traslapes

Pero el de la violencia no ha sido el único y, si nos atenemos a los consabidos balances institucionales, ni siquiera el principal de los problemas sociales investigados por la sociología⁴. La violencia es tan sólo el problema que le ha otorgado más reconocimiento a la disciplina de cara a los profanos, más visibilidad pública a sus practicantes. Los "usos" de la sociología han sido múltiples, y sorprenden a los propios sociólogos, por su heterogeneidad. En

⁴ En un estimativo elaborado por Colciencias acerca de la distribución de proyectos de investigación por áreas temáticas, la violencia aparece apenas en 8° lugar, en el último de la clasificación adoptada, para el periodo 1991-1996 y englobada bajo la denominación genérica "Conflicto. Justicia y democracia"-Véase Penélope Rodríguez; Sehk. "Hacia una sociedad del conocimiento" en *Colombia Ciencia & Tecnología*, Vol 14, N° 4, Bogotá, Colciencias, diciembre de 1996

Colombia a fines del siglo XX sí resulta particularmente cierta aquella afirmación de Daniel Bell: el sociólogo es el último especialista...en generalidades. Su acción profesional se ha diversificado, su influencia es cada vez más difusa, y sus oportunidades laborales, pese a los vaticinios adversos, han mejorado en forma progresiva.

Tal vez no haya habido concepto proveniente de una matriz teórica de la sociología que se haya divulgado más hasta el punto de adquirir la fuerza de un prejuicio popular que el concepto de *legitimidad*. Con anterioridad a la discusión constitucional de 1991, durante ella y desde entonces, se ha convertido en el más utilizado para iluminar las fisuras e intersticios que aparecen en la relación entre la sociedad y el régimen político. Ya el propio proyecto gubernamental lo definía como el propósito principal de la Reforma Constitucional: recuperar la legitimidad para el Estado colombiano. Y lo más interesante es que su amplia divulgación, no ha conllevado una significativa pérdida de sentido, una distorsión importante. Donde quiera que se lo ha empleado, se lo aplica en su connotación más adecuada: la validez que se otorga a un orden dado, su grado de aceptación por parte de quienes aspira a regir.

Pero en un sentido más práctico el ordenamiento institucional que surge de la Constitución de 1991 conlleva un abanico de oportunidades para aplicar la poca o mucha destreza del saber profesional del sociólogo: se puede constatar empíricamente que la traslación de funciones a los niveles departamental, municipal y local, demandan un tipo de administrador que al menos esté en condiciones de identificar grupos de población necesitados, de focalizar demandas específicas de recursos, de asignar prioridades sociales a la inversión pública en esos niveles. Si no todos son sociólogos de formación, al menos fungen como tales. No hay estadísticas confiables al respecto, tan solo percepciones y apreciaciones puntuales, y vayan a título de ejemplo, pero en regiones geográficas a la vez que administrativas como la Orinoquía y la Amazonia (en las Corporaciones Regionales y en los organismos de

dé planeación) de todas las disciplinas de las ciencias sociales, la sociología es la que ha provisto el mayor número de administradores públicos desde 1991.

El riesgo de la cooptación, contra el que se advierte siempre, es decir la tendencia a ser absorbidos y predeterminados en su labor por los fines de las entidades a los que se vinculan, en detrimento de su capacidad crítica y de análisis relativamente independiente, no es única ni exclusivamente, de quien asume funciones directas como administrador o consejero en un organismo altamente burocratizado; aún los más independientes y autosuficientes de los sociólogos productores de conocimiento se halla en ese riesgo, y alguno de los clásicos de la disciplina lo mencionó abiertamente: la cooptación es como un virus, y el más activo de todos es el que existe cuando el sociólogo se metamorfosea en figura pública y es cooptado por el público al cual se dirige. Buscar una deliberada identificación con el auditorio, procurar a toda costa captar oyentes entre quienes tienen fe misión de adoptar decisiones en las burocracias públicas o privadas, entraña una gradual pérdida de independencia.

En todo caso la versatilidad, la polivalencia de las funciones que desempeñan los sociólogos en su inserción laboral tal vez ayuden a explicar una característica atípica de la Colombia actual: mientras en 1990 James Coleman, entonces presidente de la Asociación norteamericana de Sociología, constataba un abrupto descenso de la matrícula estudiantil en esa área en las universidades norteamericanas y el cierre de varios Departamentos, y mientras en Europa se constataba una suerte de crisis de identidad de los sociólogos frente al auge de otras disciplinas y de nuevas especialidades, en Colombia por el contrario la sociología parece gozar de cabal salud: aunque con síntomas de estancamiento en sus currículos, la matrícula estudiantil crece, se reabren Departamentos antes clausurados, e incluso se funda alguno nuevo.

Al apoyarnos de nuevo en el balance que establece la entidad estatal que financia proyectos de investigación, y que mencionábamos arriba, se obtiene una idea somera, acerca de los otros núcleos problemáticos, y de las eventuales demandas sociales que hay tras su formulación. Se descubre en todo caso que el interés particular del investigador al formularlo, o de la entidad a la que pertenece, no está en relación directa con una necesidad social identificada. Aun cuando los puntos de intersección en éste caso llevarían a pensarse un observador desprevenido que el país del que se trata es una suerte de país "normal": el mayor monto se destinó a proyectos sobre identidad cultural, en segundo lugar proyectos sobre sistema político y relaciones de poder, en tercer lugar los proyectos sobre desarrollo regional y dinámica social, y así sucesivamente, hasta la última categoría, que es en la cual se ubican los proyectos sobre conflicto y violencia. Ha habido, sin embargo, un viraje en el último año, y por fin se han abierto convocatorias en que de modo explícito se enuncia la relación diferenciada entre el conflicto y la violencia como un prioridad de conocimiento.

Y precisamente en esa distinción, real y analítica, entre el conflicto y la violencia es que hay que hacer hincapié, pues una y otra vez tiende a confundirse, y no en menor medida por parte de los sociólogos o de quienes asumen su rol. Si teóricamente está claro que el conflicto no puede excluirse de la vida social, y que la paz no es la ausencia del conflicto sino una modificación en su forma, un encauzamiento, en demasiadas intervenciones y pronunciamientos, y en muchos proyectos de investigación tienden a considerarse intercambiables el NT conflicto y la violencia. A comienzos de la década de 1990 se llevaron a cabo excelentes investigaciones para detectar el surgimiento de movimientos sociales de distinto arraigo y duración, pero la recurrencia y la intensificación de los niveles de violencia han desplazado el interés, y en ocasiones ha subsumido el conflicto en la violencia dando por sentado que de modo, ineluctable

el uno genere a la otra.

Podrían citarse a este respecto dos breves y representativos ejemplos: uno tomado de la *Carta de civilidad* en la que la anterior administración municipal quiso plasmar su legado en materia de cultura ciudadana y convivencia y en cuya redacción participaron algunos sociólogos; allí se puede leer de manera lánguida aunque sentenciosa:

"Bogotá es una ciudad anónima y heterogénea... El divorcio de nuestros comportamientos habituales y las normas que los regulan es una causa central de conflictos. Las normas jurídicas sirven hoy poco para ordenar nuestra vida..."

El segundo proviene quien ha asumido las funciones de negociador en el presente gobierno, José Noé Ríos, y quien en su libro reciente, *Cómo negociar a partir de la importancia del otro*⁵, en donde se propone resumir sus experiencias y aleccionar sobre el arte de la negociación, tras un comienzo en que con el ritualismo etimológico del caso (la consabida cita de la definición de conflicto en el Diccionario de la Real Academia) en el curso de su exposición posterior- en particular en su apartado sobre la naturaleza del conflicto- esa claridad se pierde y de allí en adelante habla indistintamente de conflicto y de violencia. Como si el arte de la negociación en el que se considera experto fuese tan sólo el de la negociación entre poderes armados, o en otras palabras sólo quien recurre a la violencia da lugar a un proceso negociador. Es una distorsión propiamente colombiana, dar por sentado cuando se trata de conflicto que es conflicto armado, y que la violencia le es consustancial, el conflicto es visto entonces sólo en lo que tiene de negativo⁶.

En todo caso, por formación, el sociólogo debería estar sensibilizado para reconocer siempre la diferencia entre el conflicto y la violencia

Lo omnipresente de la violencia no ha impedido sin embargo, que proliferen los temas, y respondiendo a pautas globales, la sociología haya avanzado en el sentido de una

⁵ José Noé Ríos, *Cómo negociara partir de la importancia del otro* Bogotá, Planeta, 1997.

creciente esencialización, de una diversificación de los temas y problemas a los que se aplica. En este caso la pista no la constituyen balances institucionales como el mencionado al comienzo de esta apartado: el predominio del empleo de los recursos públicos entes proyectos de investigación sobre identidad cultural puede tener que ver más con la formación profesional de quien los haya asignado en el período en cuestión, que con demandas reales.

Con la participación de sociólogos, hace diez años se publicó el primer mapa de la distribución de la pobreza en Colombia. Con todas sus imperfecciones y su falta de cobertura en las regiones más apartadas, desde 1973 el formulario censal que se aplica emplea la noción de Necesidades Básicas Insatisfechas (y entre especialistas, conocido como indicador por su sigla: NBI) y la utiliza para construir indicadores acerca de los niveles de pobreza; existen en la actualidad tres publicaciones periódicas especializadas en la compilación y exposición de los indicadores sociales. En todo caso la discusión sobre las metodologías de la medición de la pobreza, y las variaciones" observables entre los censos de 1973, 1985 y 1993 interpelan a los sociólogos, les ofrecen una fundamentación empírica a sus conceptualizaciones sobre los niveles de pobreza y su distribución territorial, que en todo caso no cuenta todavía con una producción intelectual correspondiente. Las posibilidades para el desarrollo de esa línea de trabajo, han dependido, claro está, de políticas públicas, de la asignación de recursos para la investigación, incluso de la participación y contribución de organizaciones internacionales (Como el PNUD, Programa de las Naciones Unidas).

Incluso hay quienes se preguntan por la conveniencia de tener criterios distintos a la calidad intrínseca a la hora de asignar dichos recursos. En un balance hecho de manera autónoma por un sociólogo, Fernando Uricoechea

⁶ En tanto que en la teoría sociológica existe una larga lista de autores, entre los que bastaría mencionar a Weber, a Simmel, a L. Coser y Julien Freund, para quienes el conflicto es básicamente positivo, y es apreciado en la función integradora que desempeña tanto en el ámbito microsociológico, como en la sociedad en su conjunto.

la categorización temática de lo que los practicantes de la disciplina hacen y se proponen hacer, tras señalar a la violencia como núcleo problemático predominante, se encuentra la siguiente secuencia: temas de sociología política, sociología de la educación (con una variación; ahora se centran en el nivel más alto, la universidad) estudios de género y sociología de te religión. A esa categorización temática principal le siguen algunos temas derivados y recientes: gobernabilidad, desarrollo regional, ordenamiento territorial/planificación en los niveles regional y local.⁷

La tendencia a fijar prioridades temáticas y a discutir los criterios de asignación de los recursos públicos, es ineludible en la medida en que los recursos para la investigación escasean (no es un sesgo o prurito 'estafeta': una constatación elemental de dos décadas puede mostrar que el principal financiador o 'demandante' de conocimiento acerca de la sociedad ha sido el Estado) y en la medida que se puede comprobar que dichos recursos se han contraído debido a los ajustes presupuestales y fiscales, por ende están sujetos a una intrincada competencia. Por cierto la fragmentación--social y la territorialización de la violencia, conspiran contra el ideal de una progresiva autonomía de la disciplina, y contra la configuración de una jerarquía basada en el mérito. Bastaría constatar que la búsqueda de información, dé la fundamentación empírica sobr é el terreno, para cualquiera de los temas que el propio Uricoechea enuncia como importantes, por conspicuo que sea, y por alejado que esté de los factores y actores del conflicto armado (pongamos por caso impacto ambiental u ordenamiento territorial) requiere que el investigador se desplace a las regiones en que el conflicto armado es intenso, y deba él mismo emprender una negociación con los poderes armados que imperen para ver de realizar su trabajo.

⁷ Véase Fernando Uricoechea, "La sociología en Colombia: hacia una definición de políticas", documento presentado a Colciencias, julio de 1997.

3. ¿Nuevas fronteras?

Como lo señalan los historiadores de las ciencias sociales, la noción y la práctica del trabajo interdisciplinario proviene de los años inmediatamente posteriores a la vasta crisis del capitalismo que se denominó "La Gran Depresión". Se hizo patente entonces que ninguna de ellas podía comprender la magnitud de los efectos sociales de la crisis, y que todas habían fallado en predecirla. Al surgir, y de modo paulatino, al hacerse más frecuente la conformación de grupos de profesionales de distintas disciplinas con el fin de abordar problemas específicos, la tendencia se ha afirmado a escala universal.

En el caso de la sociología, para cada una de las categorías temáticas señaladas arriba, se puede constatar la participación del sociólogo y de las matrices teóricas de la sociología en la realización de los trabajos más destacados. Su versatilidad, su polivalencia, y el rango de abstracción de las teorías en las que se forma, le confieren al sociólogo una cierta ventaja a la hora de conformar equipos de investigación de naturaleza interdisciplinaria. A condición, claro de que se actualice y adapte a un contexto cambiante: no es posible hoy entender las características de un capitalismo en que el sector servicios tiene tal peso específico, con los conceptos y teorías propias de la industrialización clásica. No es posible entender el tipo de capitalismo existente hoy en su Colombia y las características de sus empresarios si se continúa aplicando la noción del capitalista ideal de la era puritana, el paradigma del ascetismo mundano a lo Benjamín Franklin.

Volverá plantear la pregunta sobre la sociedad significa en este caso estar preparado para captar algunas de sus tendencias más dinámicas, así sea valiéndose de herramientas tradicionales, por ejemplo la información censal y las medidas demográficas. Una interesante y aleccionadora mirada es la que se puede echar hoy a algunas de las publicaciones didácticas de hace unas pocas décadas, para captar en sus trazos más gruesos lo singular de

nuestra dinámica demográfica.

En 1962 la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica publicó la primera edición del *Atlas del Nuevo Mundo* del que es autor el especialista en cartografía J. Hernández Millares; allí hay información básica sobre cada uno de los países de América, y un mapa también básico y actualizado a la fecha, con información que por lo general proviene del Instituto Geográfico de cada país, casi siempre un Instituto militar. Una escueta mirada al mapa de Colombia de entonces, una comparación también escueta con el de los países latinoamericanos más afines al nuestro y con los mapas más recientes, nos ilustra sobre la rapidez de los cambios ocurridos en las tres últimas décadas. Cambios que para el caso de Colombia parecen más drásticos: lo que hoy son ciudades como Puerto Boyacá, como Granada (Meta), como Apartado, entonces no figuraban siquiera como puntos poblados; y a la inversa, figuran en aquel mapa municipios (como Moreno, en el Casanare) hoy del todo desaparecidos.

Volver a formular la pregunta por la sociedad e intentar responderla, significa, por ejemplo, entender el fenómeno del desplazamiento forzoso, medirlo y valorar sus efectos a mediano y a largo plazo. Se sigue manejando una cifra que ya tiene visos de legendaria a fuer de utilizársela: un millón de desplazados. Tras la aparente precisión de la cifra neta, solo hay perplejidad. La única medición reciente fue la obtenida ya hace varios años a instancias de la Conferencia Episcopal y cuando el fenómeno era menos intenso; desde entonces se la reajusta periódicamente sobre la base de informaciones regionales, pero con creciente dudas acerca de su cobertura real., y sin que haya posibilidad de contrastarla dados los flujos y reflujo del desplazamiento. Si eso ocurre con la magnitud gruesa del fenómeno, ¿qué puede decirse de sus otras características y efectos?. Tal vez se comprenda entonces que es necesario un esfuerzo especial, retomar el análisis donde lo dejaron algunos trabajos monográficos que hicieron el registro e interpretación de "los

movimientos sociales", hace poco menos de diez años, pero que no continuaron con la misma dedicación y explorar a fondo sus componentes y su significación. Aplicarse a entender la gestación de nuevos movimientos sociales, por embrionarios que sean, su dinámica conflictiva y las probabilidades de que desencadenen nuevos hechos de violencia en un contexto generalizado que los propicia, es un imperativo.

Por ejemplo, las movilizaciones campesinas de marzo y abril de 1996 en el Caquetá sacaron a la luz todo un mundo social que era desconocido para el habitante urbano, para el colombiano de a la pie. La flamante "Acta de acuerdo entre el Gobierno nacional y los campesinos e indígenas marchistas del Departamento del Caquetá" es un documento de gran valor, pues allí en su propia voz, encontramos una gama bien diferenciada de sectores sociales ligados a los que se denominan "tuitivos ilícitos", se percibe la lógica de esa diferenciación, y en medio del conflicto y la represión más intensos, se percibe a la vez ese esfuerzo por llegar a acuerdos, por darle curso a una estrategia adaptativa por parte de los dirigentes de las movilizaciones. Salen a la luz entonces sectores campesinos tan diversos que no admiten ya ser englobados en la expresión periodística: "campesinos coccaleros" (Que por cierto, salvo excepciones, la investigación social ha tendido a aceptar y a adoptar acríticamente). Los riesgos de semejante simplificación quedaron a la vista, y de cara al espectador corriente, menudearon las evidencias sobre lo intrincado de la economía coccalera, lo amplio de las reles y circuitos que crea y | lo complejo de la división del trabajo que está introduciendo en las áreas donde predomina. Ese mundo social, y la documentación en donde se recogen sus aspiraciones están allí como materia en bruto, no han sido interpretados de manera adecuada, apenas han dado lugar a algunas crónicas puntuales. Y tal vez por sus características intrincadas, requiere ante todo de un enfoque interdisciplinario.

Si a la tradicional dicotomía entre el mundo rural y el mundo urbano propia de la primera etapa de la sociología colombiana hace mucho se la abandonó para dar lugar a las imbricaciones, y entender la continuidad entre lo uno y lo otro, persiste una disociación entre lo endógeno y lo exógeno que merece ser reconsiderada. La mejor manera de esquivar el destino de ser "un pequeño profeta asalariado por el Estado" según la definición irónica que da del sociólogo un clásico de la disciplina, es examinar los problemas con la óptica de lo universal. Y para ello las comparaciones con otros "casos" nacionales son el paso intermedio. Ni parroquialismo, ni cosmopolitismo per se; claro que en el desarrollo de la sociología colombiana ha habido mucho más de lo primero, ha predominado en ella la perspectiva regionalista y "etnocéntrica" (dicho esto último con todas las inhibiciones que suscita) pero en todo caso una disciplina que surgió ante todo para entender las características de la modernidad en su extensión más amplia, debe ser comparativa. Con lo estridente del contraste en la distribución social del ingreso que persiste pese a décadas de "política social", con las altísimas tasas de homicidio y secuestro, Colombia sin embargo no es un país en el que las pautas de sociabilidad más comunes sean la pobreza, la violencia y el odio. Proponer sin abochornarse un lugar común, es como dice Borges, un don, pero a condición de que se lo acompañe de un conjunto de evidencias incontestables.

Habrán sociólogos quienes a fuerza de leer y releer la filosofía política de Sir Isaiah Berlín, continúen persuadidos de que Colombia es una suerte de "país normal" y que sus niveles de violencia constituyen apenas episodios que por ser irracionales no trastruecan su paradigma de racionalidad occidental (he ahí que al no encajar en tal paradigma consideren a la violencia un problema del que no es digno ocuparse) en tanto que a la mayoría de los profesionales de la sociología el estremecimiento que provoca cada nueva masacre, de inmediato les suscite la creencia en la absoluta singularidad de lo que aquí ocurre. Mirado con más retrospectiva y con más circunspección, posiblemente en el caso de Colombia su singularidad como país estribe en que pese a la recurrencia de las tendencias disociadoras, las estrategias

adaptativas predominan, así sean menos perceptibles debido a la rutinización. Sin tener la pretensión de ser inmune a las modas doctrinarias, un intercambio más metódico, y la disposición a conocer las realidades sociales de otros países y a establecer comparaciones por parte del sociólogo, es una de las condiciones para que esa singularidad se destaque en lo que tiene de tal.

Con todo y su carga de tradicionalismo, con las incertidumbres presumibles y los riesgos ciertos en que se mueve su quehacer, la sociología y lo que los sociólogos hacen, ocupan un sitio privilegiado para aportar en procura de ese nuevo balance entre lo endógeno y lo exógeno.